

Familia y sociedad: el legado de la historia en el mundo contemporáneo¹

(Family and society: the legacy of the history in the contemporary world)

Reher, David-Sven

Univ. Complutense de Madrid

Fac. de Ciencias Políticas y Sociología

28223 Madrid

BIBLID [1136-6834 (1999), 28; 11-27]

En este trabajo el autor subraya las grandes diferencias en los sistemas familiares y en la fuerza de los vínculos de parentesco existentes en el continente europeo. Identifica la existencia en el norte del continente de una familia relativamente débil, donde el individuo tiende a recibir prioridad sobre el grupo familiar, frente al sur de Europa, caracterizado por una familia fuerte, donde el grupo familiar tiende a tener protagonismo sobre el individuo. Estas diferencias tienen profundas raíces históricas y siguen vigentes en la actualidad, a pesar de los cambios sociales y económicos tan profundos ocurridos en los últimos años. Las formas básicas de organización de la familia tienen implicaciones para la naturaleza de la sociedad y es preciso tenerlas en cuenta a la hora de implementar ciertas políticas sociales.

Palabras Clave: Familia. Sistemas familiares. Europa. Políticas sociales. Norteamérica. Parentesco. Emancipación. Atención a la vejez. Redes de solidaridad familiar. Indicadores sociales.

Europako kontinentean aurkitzen diren familia-sistemen arteko desberdintasun handiak eta ahaidetasuneko loturek duten indarra azpimarratzen ditu lanaren egileak. Kontinenteko iparraldean ahul samar aurkitzen du familia, bera ren baitan norbanakoak familia-multzoaren gaineko lehentasuna izan ohi baitu; horren aurrean, familiaren sendotasuna ezaugarri duen Europako hegoaldekoa jartzen du, non familia-multzoak protagonismoa duen, norbanakoak baino are ago. Desberdintasun horiek erro historiko sakonak dituzte eta gaur egun ere bizirik diraute, azken urteotan gertaturiko gizarte eta ekonomia aldaketa sakonak gora-behera. Familia-antolaketaren funtsezko moldeek ondoorik ekarri ohi dituzte gizartearen izaerarentzat eta kontuan hartu beharrekoak dira zenbait gizarte-politikari ekiterakoan.

Giltz-Hitzak: Familia. Familia sistemak. Europa. Gizarte politikak. Iparramerika. Ahaidetasuna. Emantzipazioa. Zahraren laguntza. Familia barneko elkartasun-sareak. Gizarte-adierazleak.

L'auteur souligne dans ce travail les grandes différences dans les systèmes familiaux et dans la force des liens de parenté existant sur le continent européen. Il identifie l'existence dans le nord du continent d'une famille relativement faible, où c'est l'individu qui est prioritaire par rapport à la famille, contrairement au sud de l'Europe, caractérisé par une famille forte, où le groupe familial est prioritaire par rapport à l'individu. Ces différences ont de profondes racines historiques et sont toujours en vigueur actuellement, malgré les profonds changements sociaux et économiques qui ont eu lieu ces dernières années. Les formes d'organisation familiale ont des répercussions sur la nature de la société et il faut les prendre en compte au moment d'implanter certaines politiques sociales.

Mots Clés: Famille. Systèmes familiaux. Europe. Politiques sociales. Amérique du Nord. Liens de parenté. Emancipation. Assistance à la vieillesse. Réseaux de solidarité familiale. Indicateurs sociaux.

Nota: El presente escrito ha podido contar con los valiosos comentarios críticos de Jesús Leal Maldonado, María del Carmen Díez Hoyo y Massimo Livi Bacci.

1. Una versión preliminar más breve de este escrito apareció en la Revista de Occidente (nº 199, diciembre de 1997) bajo el título de 'Familia y sociedad en el mundo occidental desarrollado: una lección de contrastes'.

En el mundo occidental no es difícil identificar zonas de familia y de lazos familiares relativamente 'fuertes' frente a otras en las que estos son relativamente 'débiles'. La geografía de estos tipos de familia no parece obedecer a la división clásica de Europa en zonas de familia nuclear y zonas de familia troncal. La divisoria es bastante más sencilla, con el centro y sobre todo el norte del continente europeo, así como la sociedad norteamericana, siendo caracterizados por unos lazos familiares relativamente débiles y la región mediterránea por una familia fuerte. Aunque los orígenes de esta geografía general no están claros, la diferencia en la organización de la vida familiar -sobre todo en su capacidad para generar lealtades y solidaridad- es palpable. Existen zonas del mundo occidental desarrollado donde tradicionalmente el grupo familiar tenía prioridad sobre el individuo, frente a otras donde lo contrario ocurría y primaba el individuo y los valores individuales por encima de todo lo demás. Estas diferencias han caracterizado la familia en Europa desde hace siglos y ofrecen pocos indicios de estar transformándose en la actualidad. La forma en la que se articula la relación entre el grupo familiar y sus miembros tiene importantes implicaciones para la manera misma en que se organiza la sociedad.

Hay múltiples aspectos de la vida familiar donde estas diferencias se pueden apreciar con nitidez. Tal vez los más notables, aunque no los únicos, se centran en el momento de transición en el que los jóvenes pasan a establecer sus propios hogares nuevos o en la manera en la que la familia organiza las dinámicas de solidaridad con sus miembros más vulnerables. En el norte del continente europeo y en Norteamérica, los jóvenes suelen abandonar sus hogares paternos cuando han adquirido una cierta madurez a fin de emprender una vida por su cuenta volcada en los estudios o en la tarea de establecer una independencia económica con respecto a sus padres. Estos trabajos, que a veces pueden ser inestables e incluso estacionales, también les permiten ir ahorrando para sus propios matrimonios, aunque en la actualidad este sentido del ahorro apenas tiene importancia frente al deseo de asentar una vida independiente. No es infrecuente que estas salidas iniciales del hogar paterno se hagan en residencias compartidas con amigos y colegas viviendo momentos similares en sus propios proyectos vitales. Posteriormente, a menudo varios años después, se casan y vuelven a crear un hogar nuevo, pero esta vez con la intención de fundar una familia y de juntar sus vidas de manera permanente con otra persona.

En las sociedades del sur de Europa, y en concreto en España, el proceso de emancipación del hogar paterno es muy diferente. En estas sociedades, la salida definitiva del hogar suele coincidir más o menos estrechamente con el acceso al matrimonio y con el primer empleo estable. Los años que van desde la madurez adolescente (18-20 años) y la edad al casarse se suelen transcurrir fundamentalmente dentro del hogar paterno. Si la persona logra algún empleo durante este tiempo, sigue residiendo en casa, permitiéndose así una mayor capacidad de ahorro. Llegado el momento, el matrimonio no se suele plantear siquiera sin la correspondiente emancipación y establecimiento de un hogar autónomo. Todo este proceso se encuentra resumido en el aforismo tradicional de *casado casa quiere*. De esta manera, en España y en otros contextos meridionales el matrimonio, el empleo, el acceso a una vivienda y la emancipación del hogar paterno son hechos estrechamente relacionados entre sí. De hecho, en España uno de los indicadores más claros del mercado de trabajo y el mejor sin duda para la tasa de formación de hogares nuevos sería la incidencia de primeras nupcias entre jóvenes².

2. Ver Reher (1998).

En ambos contextos hay, claro está, excepciones. En Inglaterra, por ejemplo, se dan muchos casos de jóvenes que permanecen en sus hogares paternos a edades muy superiores a los 20 años, y en España algunos jóvenes se van de casa mucho antes de su matrimonio y otros siguen viviendo con sus padres aún después de casarse, al menos durante algún tiempo. De hecho, una convivencia temporal entre padres e hijos casados, e incluso períodos más o menos prolongados de ayuda económica no han sido nunca infrecuentes, ni en el pasado ni en la actualidad³. Pero se trata de convivencias o ayudas concebidas siempre como temporales por todo el mundo. Estas excepciones no hacen más que subrayar las grandes diferencias existentes entre norte y sur de Europa en este punto.

Todo parece indicar que estas prácticas tienen profundas raíces históricas. Desde al menos finales de la Edad Media y hasta su decadencia durante la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del siglo actual, en zonas rurales de Inglaterra existía la costumbre muy extendida entre los jóvenes de trabajar como sirvientes agrícolas en otros hogares durante un período más o menos dilatado de sus vidas⁴. El intercambio de sirvientes no sólo se orientaba hacia hogares de niveles sociales y económicos superiores, sino también entre hogares de un mismo nivel social. Es decir, se podía dar fácilmente el caso de un agricultor mandando su propio hijo a servir en una explotación de una persona de un pueblo cercano, mientras él recibía otros jóvenes en su propio hogar como mano de obra agrícola. Esta práctica parece haber sido habitual para la mayoría de los jóvenes en zonas rurales del país, tal y como se desprende de las investigaciones de Peter Laslett que ha estimado que entre el 35 y el 75 por cien de los jóvenes de ambos sexos de 15 a 24 años de edad eran sirvientes⁵. Relacionado con este hecho, parece que la gran mayoría de los jóvenes ingleses salían de sus hogares paternos de forma más o menos definitiva entre los 15 y 19 años de edad⁶. En España y en otras sociedades del sur del continente, en cambio, aunque también existían sirvientes, tanto en el mundo rural como en el urbano, se trataba de un oficio casi siempre encaminado hacia familias de nivel social superior y afectaba a una parte relativamente reducida de la población joven.

Una comparación directa entre la sociedad inglesa y la española en esta materia se puede encontrar en la obra de Ann Kussmal y en distintos censos españoles. Según Kussmal (1981: 12-13), en una amplia muestra de localidades inglesas entre los siglos XVII y XVIII aproximadamente el 60 por cien de los labradores tenían sirvientes, y éstos representaban la mitad de la mano de obra extra-familiar en el mundo rural y en torno al 10-12 por cien de la población total. El censo de Floridablanca (1787) arroja cifras bien diferentes a pesar de incluir en sus cómputos a criados del mundo urbano, siempre más numerosos que en el mundo rural. Según dicho censo, los criados representaban un 22,5 de la mano de obra extra-fa-

3. Un excelente ejemplo de este tipo de comportamiento se puede observar en la ciudad de Cuenca durante el siglo XIX donde más de la mitad de los recién casados pasaban alguna temporada corta en el hogar paterno de la novia o del novio. En ningún caso, sin embargo, llegó a ser permanente este tipo de coresidencia. Ver Reher (1990: 213-15).

4. Se han encontrado pruebas de la existencia de la institución del servicio agrícola en el *Poll Tax* de 1377. Véase, por ejemplo, R. Smith (1981). Esta institución también parece haber tenido relevancia en otras sociedades del norte del continente europeo. Para el caso de Holanda véase, por ejemplo, Schellekens (1991) y van der Woude (1972: 313-316) y el de tierras germánicas, véase Mitterauer y Sieder (1977: 41).

5. Para más sobre la importancia del servicio como actividad de ciclo de vida véase, por ejemplo, Laslett (1977a: 29-65; 1977b: 104-113).

6. Para una muestra de 21 localidades inglesas, Richard Wall estimó que entre los 10-14 y los 15-19 años de edad, casi la mitad de los hijos se habían marchado ya de sus casas familiares, con destino al servicio agrícola en otros hogares o como huéspedes en residencias autónomas. Véase Wall (1987: 90-97; también 1978).

miliar⁷, y un 2,7 por cien de la población. Los censos del siglo XIX arrojan resultados similares: mientras en el Censo de 1860, el 1,31 por cien de los varones y el 1,47 por cien de las mujeres eran sirvientes, en el Censo de 1887 dicho porcentaje se hallaba en el 1,04 y el 3,57 por cien, respectivamente⁸. Esta realidad implica que los hijos terminaban saliendo de casa a una edad muy superior en España que en Inglaterra⁹. Las familias campesinas españolas con explotaciones medianas y pequeñas solían preferir mano de obra familiar a mano de obra extra-familiar. En aquellas zonas en que el tamaño de las explotaciones agrarias hacía impracticable el recurso del trabajo familiar, como es el caso de Andalucía, existía una abundante oferta de jornaleros, fuente de mano de obra que seguía residiendo en sus propios hogares.

Para una gran parte de la población en España, pues, la salida definitiva de los jóvenes de su hogar solía ocurrir con el matrimonio, frente a Inglaterra donde el matrimonio ocurría después de varios años de trabajo fuera del hogar y a menudo con unos ahorros nada despreciables¹⁰. La evidencia española de esta práctica es abrumadora al respecto, ya que en contextos históricos muy diversos se ha podido observar que el porcentaje de la población varonil que era cabeza del hogar era casi idéntico al que estaba casado¹¹. Incluso en zonas de familia troncal la situación era similar. Mientras, claro está, el hijo heredero se casaba y quedaba a vivir con sus padres, para el resto de sus hermanos, la salida del hogar se producía cuando se casaba, salvo cuando entraban en la Iglesia o emigraban. En Inglaterra, en cambio, la salida definitiva del hogar ocurría bastante antes del matrimonio, bien por la vía ya referida del servicio rural o, en fechas más recientes y en plena decadencia del servicio como institución, como huéspedes en casas de otras¹². En un estudio reciente Colin Pooley y Jean Turnbull (1997: 398) han estimado que en Inglaterra entre 1850 y 1930, los hombres establecían un hogar autónomo entre 2,5 y 5 años antes de su matrimonio, y las mujeres lo hacían entre 1 y 2 años antes. Esta situación distaba mucho de la vigente en España donde las salidas del hogar antes del matrimonio no sólo eran menos frecuentes que en Inglaterra sino también más temporales.

7. En realidad, 'mano de obra extra-familiar' es la suma de criados más jornaleros en el censo.

8. Las diferencias regionales en este sentido podían ser elevadas, hecho puesto de manifiesto tanto en este censo como en numerosos estudios locales (Reher, et. al., 1993). No obstante, nunca llegan ni de lejos a los niveles ingleses. Incluso en Navarra donde la presencia de sirvientes era relativamente importante, su peso entre el total de población oscila en torno al 7-8 por cien hacia finales del s. XVIII (Mikelarena, 1995: 297). En Italia, el peso de los sirvientes en el mundo rural era muy bajo en el sur del país y moderado en el norte (en torno al 10 por cien de la población entre 15-24 de edad en el Condado de Parma en 1545) siendo siempre muy inferior a los niveles vigentes en la sociedad inglesa. Véase, al respecto, Barbagli (1984: 235) y Da Molin (1990:513-518). En Portugal y en Grecia también existen indicios de que la verdadera emancipación del hogar para la mayoría de los jóvenes sólo ocurría en el momento de su matrimonio. Véase, al respecto, Osswald (1990: 222-23) y Hionidou (1995: 93-95).

9. Frente al 50 por cien fuera de casa hallado por Wall en 1987 para Inglaterra, Reher (1988: 167) encontró que en las zonas rurales de Cuenca en el siglo XIX en torno al 90 por cien de los hijos de la misma edad seguían residiendo en casa con sus padres.

10. Según McIntosh (1984), por ejemplo, en Essex durante la segunda mitad del siglo XVI donde los sirvientes representaban el 20 por cien de la población total, los jóvenes abandonaban sus hogares familiares como adolescentes y pasaban de 5 a 10 años de sus vidas como sirvientes antes de poder establecerse por su cuenta.

11. Véase, por ejemplo, Reher (1996: 117-122).

12. La importancia de los huéspedes podía llegar a ser bastante elevada en la sociedad inglesa y, sobre todo, en la norteamericana. Su presencia en zonas industriales era siempre más elevada que en zonas rurales. Véase, por ejemplo, Anderson (1972: 234), Glasco (1977), Modell y Hareven (1977), Blumin (1977).

Estamos ante patrones de comportamiento con gran raigambre histórica que subrayan funciones familiares bastante diversas, al parecer vigentes ya en la Baja Edad Media¹³. En Inglaterra y en otros países del norte la responsabilidad de la familia de cara a los jóvenes terminaba básicamente cuando éstos se marchaban de casa (en torno a los 18-20 años, e incluso antes), frente a España y otras regiones del sur donde continuaba hasta la edad del matrimonio para la inmensa mayoría de la población, cinco e incluso diez años más tarde. Una de las implicaciones de estas actitudes era que en el norte de Europa momentos económicamente difíciles para los jóvenes tendían a recaer directamente sobre dichos jóvenes, frente al sur donde se repartían entre todo el grupo familiar. La función protectora de la familia en España era mucho mayor que en Inglaterra, y la ley de vida estipulaba que se tenía que recompensar de alguna manera más adelante.

No existe indicio alguno de una reducción reciente en la importancia de estas prácticas diferenciales. En España, por ejemplo, la elevación en la edad de la emancipación de los jóvenes que se viene produciendo desde 1977 ha seguido una tendencia idéntica a la elevación en la edad al casarse, situándose ambos indicadores en la actualidad en niveles extremadamente altos. En Norteamérica y en Inglaterra, en Dinamarca o Holanda, por el contrario, sigue siendo práctica habitual de los jóvenes marcharse de casa mucho antes de su matrimonio. En todas partes las épocas económicamente buenas inducían edades al casarse y edades de abandono de los hogares más tempranas, pero jamás serían más bajas en España que en Inglaterra. Es decir, a pesar de fluctuaciones importantes en el tiempo, y a pesar de una importante variabilidad regional -al menos en España- en la edad de emancipación del hogar, zonas de familia 'fuerte' y de familia 'débil' siempre ocupan espacios vitales diferentes.

En el sur del continente europeo la familia desempeña otras muchas funciones que le son ajenas en países del norte. El socorro a las personas necesitadas y vulnerables en la sociedad -la solidaridad social- es tal vez la más importante de ellas. Tradicionalmente en las sociedades del sur de Europa una buena parte del apoyo a la gente vulnerable ha corrido a cargo de la familia, mientras en el norte este apoyo se ha realizado mediante instituciones públicas y privadas. El ejemplo clásico de estas instituciones son las *Leyes de Pobres* inglesas mediante las cuales la sociedad en su conjunto acudía en socorro de los pobres. En el sur de Europa, este mismo socorro corría a cargo de la familia, de la caridad individual y, en medida muy inferior, de las instituciones. La familia era esencial para el bienestar de sus miembros más vulnerables, mientras en el norte lo era mucho menos.

Históricamente la situación de los ancianos es un buen ejemplo de esta diferencia. De entrada es preciso subrayar que en situaciones históricas y antes del desarrollo de los modernos sistemas de pensiones, en todas partes una buena parte de la responsabilidad para el bienestar de los ancianos recaía directamente en la familia, basándose sobre todo en la coresidencia con hijos¹⁴. No obstante estas similitudes, en las sociedades de familia 'fuerte' la intervención de la familia en esta materia era mucho más notable que en aquellas sociedades de familia 'débil'. En el sur, el cuidado de los ancianos recaía casi exclusivamente en la familia, y se realizaba bien mediante la coresidencia, la circulación de ancianos entre los

13. Al comentar el libro de Herlihy y Kaplisch-Zuber (1978), Richard Smith (1981) hace hincapié en la relativa ausencia de sirvientes en la población de toscana (sólo 0,2 por cien) presente en el Catastro de 1427, frente a su abundante presencia en Inglaterra (un tercio de los laboradores de York en el *Poll Tax* de 1377 tenía sirvientes). Para más sobre sirvientes en el Catastro de 1427, véase Klapisch (1972:277-78).

14. Las pruebas históricas de esta realidad son abundantes.

hogares de sus hijos, o la proximidad espacial entre las viviendas de ancianos y las de sus hijos, implicando por lo general un trasvase de bienes y servicios desde los hijos hacia sus padres mayores¹⁵. En Inglaterra, en cambio, la situación era diferente. De entrada, un peso algo menor de la población anciana coresidía con sus hijos¹⁶. La gran diferencia entre ambos contextos, sin embargo, radicaba en el peso institucional de apoyo a los ancianos, mucho mayor en Inglaterra que en España. Una característica estructural de la sociedad inglesa, puesta de manifiesto en las *Leyes de Pobres*, era que la responsabilidad última para el bienestar de los pobres y de los ancianos recaía en las instituciones públicas¹⁷. En España, sin embargo, no existían las citadas *Leyes* y sólo en casos extremos de pobreza, de enfermedad, de salud mental, etc. se solía acudir a los apoyos institucionales, que a menudo corrían a cargo de la Iglesia. En la inmensa mayoría de los casos, la familia se tenía que hacer cargo del bienestar material y personal de sus ancianos.

Hace algunos años sostuvimos un pequeño debate con un colega y amigo inglés acerca de la solidaridad familiar intergeneracional, en el que afirmábamos la validez de una idea que expresó elocuentemente un anciano campesino español hace algunos años: "Primero los hijos vivían de sus padres, y luego los padres vivían de sus hijos. Así era la vida." Nuestro colega insistía con mucha convicción en que esa dinámica no se podía dar nunca en un país como en Inglaterra donde dicha solidaridad -a todas luces necesaria- se materializaba mediante instituciones y no mediante las familias. Ambos teníamos razón, siempre a partir de las sociedades que mejor conocíamos.

Estas diferencias permanecen vigentes en la actualidad. En el sur de Europa la familia sigue desempeñando un papel clave en el socorro tanto de los ancianos como de los pobres, y en el norte éste sigue corriendo principalmente a cargo de instituciones públicas. En todas partes, claro está, el peso de las instituciones ha aumentado con la modernización de las sociedades y el incremento en la longevidad de la población, pero las diferencias siguen siendo notables. En España en 1991, por ejemplo, en torno al 44 por cien de las personas ma-

15. Para la circulación de los ancianos entre hogares de sus hijos, llamada 'ir por meses' en España, véase Reher (1988: 227-30). Un ejemplo de la tendencia de los grupos familiares a mantener una clara proximidad residencial, incluso en ambientes urbanos y a veces a lo largo de varias generaciones, se puede observar en el caso de la familia Recuenco en la ciudad de Cuenca durante los siglos XVIII y XIX (Reher, 1990: 222-26).

16. De nuestro conocimiento, aún inadecuado, de los patrones de coresidencia de los ancianos, parece ser que entre 40 y 50 por cien de los ancianos ingleses coresidían con sus hijos en el siglo XVIII, frente a valores que van del 45 al 70 por cien en España para fechas un poco más tardías. Para los datos ingleses, véase Laslett (1977: 204-5; 1989: 111-4) y Wall (1984; 1995). En el contexto español, los niveles mayores de coresidencia con hijos se refieren a Bilbao entre 1825 y 1935, y los menores (en torno al 50 por cien) se basan en datos inéditos referidos a la provincia de Cuenca durante los siglos XIX y XX (Pérez-Fuentes y Pareja, 1997: 92-94).

17. Véase, al respecto, R. Smith (1984) quién pone en tela de juicio la idea de que los ancianos dependían exclusivamente de la familia, enfatizando la dependencia estructural en la colectividad de los ancianos sobre todo en Inglaterra. Afirma (p. 424) "...From a very early period in English history, and in other Northwestern European areas, it seems that 'risk devolution' and poor relief have been centered on the community rather than on the family." Esto se debía en parte a que los momentos claves en las necesidades de los ancianos coincidían con los de mayor presión económica sobre las economías familiares de sus hijos (Smith, 1984: 425; Anderson, 1977: 56). Para el papel del colectivo en el socorro de los ancianos viudos, véase J. Smith (1984), Laslett (1984: 385; 1989). J. Smith (1984: 439) subraya la incapacidad de los hogares para generar ingresos adicionales para mantener a los ancianos inactivos, haciendo imprescindible la entrada de ayuda desde fuentes ajenas al hogar en sí. David Thomson (1984) ha llegado a afirmar que los beneficios de bienestar social en términos relativos que se pagan en la actualidad a los ancianos británicos son algo menores que las pensiones pagadas durante la primera mitad del siglo XX y valen mucho menos que las transferencias de ingresos supuestos por las *Poor Laws* durante el siglo XIX. David Kertzer (1995: 369-78) mantiene un punto de vista parcialmente discrepante sobre esta cuestión.

yores de 60 años de edad convivía con alguno de sus hijos. En países nórdicos o en Norteamérica, por ejemplo, donde este porcentaje es poco más del 10 por cien de los ancianos, el bienestar de los ancianos se basa en la autonomía residencial o en residencias privadas o públicas, costeados por el Estado o por los ahorros de los mismos ancianos. Se trata de otra forma de organizar la solidaridad. En España los ancianos no suelen tener ahorros suficientes para afrontar estos gastos, en parte debido a que han estado apoyando económicamente a sus hijos durante mucho más tiempo¹⁸. A pesar de tener una sociedad tan envejecida como la inglesa o la norteamericana, en el sur de Europa el número de residencias de ancianos, privadas o públicas, es escaso en comparación con otros países¹⁹. A pesar de los aumentos recientes en todas partes en la demanda de este tipo de residencia, no hay prueba alguna de una disminución en la importancia de estas dinámicas dispares en las sociedades actuales.

Es más, las diferentes actitudes ante la vejez están profundamente enraizadas en la cultura colectiva de Europa occidental. Prueba de ello son los resultados de una encuesta reciente llevada a cabo en la Unión Europea acerca de las preferencias de la población con respecto a la coresidencia de los ancianos ya incapaces de vivir por su cuenta²⁰. En España, Portugal, Italia y Grecia una media de 74 por cien de los encuestados afirmaba que la coresidencia con los hijos era la opción preferida, frente a países como Dinamarca, Finlandia, Suecia, Gran Bretaña y Holanda donde sólo un 25 por cien pensaba lo mismo. Estos bloques no son uniformes, ya que en los países escandinavos los porcentajes de apoyo a la coresidencia son bastante menores que en el Reino Unido, y en algunos aspectos la situación de Irlanda es más similar a la italiana que a la inglesa. No obstante la heterogeneidad, estos datos demuestran que las formas diferenciales de encarar la vejez dentro de la sociedad existen tanto en la práctica como en la opinión de la gente. Son actitudes de hondo calado social.

Es interesante señalar que estas diferencias parecen guardar poca relación con los tipos clásicos de organización familiar en Europa, donde históricamente había zonas de familia conyugal o nuclear basada en la sucesión y herencias divisibles (centro y sur de Italia y de la Península ibérica, centro y norte de Francia, buena parte de Inglaterra, etc.) junto con otras de familia troncal donde el heredero único accedía a la mayor parte de la propiedad a cambio de pasar a residir con sus padres (buena parte del centro del continente europeo, países escandinavos, Escocia, parte de los Países Bajos, buena parte de la Cornisa Cantábrica y el norte de Portugal, las regiones montañosas de los Pirineos, Alpes y el Massif Central francés, etc.)²¹. Sin embargo, la familia fuerte que hemos podido observar no proviene sólo de zonas

18. Este menor capacidad de ahorro se daría incluso en términos relativos, independientemente de la renta *per cápita* de cada sociedad.

19. Estudios recientes ponen de manifiesto que el porcentaje de la población de 60 años y más que reside en residencias de ancianos oscila entre 5 y 9 por cien en el norte del continente, frente a entre 0,5 y 2 por cien en los países del sur (de Jong-Gierveld y van Solinge, 1995). Estas diferencias se reflejan asimismo en la documentación histórica. Richard Wall (1984: 487) ha encontrado que en varias localidades inglesas en el siglo XVIII, en torno al 5 por cien de la población de más de 60 años de edad residía en instituciones. En España tanto según el Censo de Floridablanca como el de Godoy, el peso de la población de > 50 años de edad residente en instituciones sería algo menos de 1,4 por cien. Este último porcentaje se ha hallado suponiendo que la totalidad de los enfermos, locos e indigentes residiendo en hospitales y en casas de misericordia tuviesen más de 50 años de edad. Es decir, este cálculo tiende a sobrestimar el peso de las instituciones entre los ancianos en los censos aludidos.

20. Los resultados de esta encuesta están recogidos en van Nimwegan y Moors (1997).

21. Véase, por ejemplo, Todd (1990).

de familia troncal, como tampoco lo hace la familia débil de las zonas de familia conyugal²². Es más, históricamente la fuerza de los vínculos familiares parece condicionar la manera misma en que se desarrollaba la sucesión en zonas de familia troncal. En Cataluña y el País Vasco -zonas troncales por excelencia-, por ejemplo, la obligación de coresidencia 'en una mesa y compañía' con los padres venía estipulado tal cual en las Capitulaciones Matrimoniales, normalmente sin mayores detalles. En el centro y norte de Europa, sin embargo, existían verdaderos contratos de retiro entre padres e hijos que detallaban todos los pormenores de la coresidencia y de las obligaciones de los hijos para con los padres. Estos contratos podían llegar a tener una precisión tal que resulta verdaderamente inimaginable en España²³. Dicho de otra manera, la dinámica misma de sucesión de las familias troncales en Europa parece haber estado condicionada a su vez por la fuerza de los vínculos familiares imperantes en ésta o aquella zona de Europa.

Los orígenes de estas maneras tan diversas de vivir y participar en la vida familiar no son claras. Las explicaciones sociales, económicas e incluso demográficas al uso resultan poco convincentes, aunque cabe señalar que su geografía coincide más o menos con el grado de romanización e incluso de influencia islámica en el continente: la región mediterránea tiene familias 'fuertes', y las regiones de dominio nórdico y anglosajón se distinguen por sus familias 'débiles'²⁴. Estas diferencias se pueden apreciar desde que contamos con datos empíricos que permiten su constatación (desde el siglo XVII, más o menos), si bien es probable que hayan existido desde mucho antes. Las actitudes ante la familia y ante el individuo forman parte del tapiz cultural propio de las sociedades, y por lo tanto son modelos que se aprenden a edades muy jóvenes y que las sociedades en su conjunto -individuos, familias, instituciones- se encargan de perpetuar. El aprendizaje de estos comportamientos constituye la piedra angular en la socialización de los niños. Son actitudes compartidas por el conjunto de la sociedad. Tal vez por ello se han mostrado muy resistentes a los efectos corrosivos de los procesos de modernización económica, política, social y demográfica. Es incuestionable que los cambios del último siglo ha tendido a homologar en cierta manera las culturas y las mentalidades, pero en modo alguno han borrado los perfiles históricos de la familia.

Cada uno de estos sistemas familiares ha terminado generando justificaciones coherentes de acuerdo con sus propias premisas. En zonas de familia 'débil' predomina ante todo el valor que se atribuye al individuo y al individualismo. Los jóvenes se marchan de casa, animados por sus padres, a fin de adquirir la experiencia necesaria para enfrentarse a la vida como personas autónomas, procurándose sus propios ingresos y administrando debidamente sus gastos. La emancipación temprana de los hijos se considera como parte importante en su educación. Donde predomina la familia 'fuerte', el grupo familiar más que el individuo domina el proceso de socialización de los jóvenes. De acuerdo con ello, se percibe la familia como una defensa de sus miembros ante las dificultades impuestas por las realidades sociales y económicas. Al hijo se le da cobijo hasta el momento de su definitiva salida del ho-

22. Para un intento de repensar las implicaciones de los sistemas familiares clásicos vigentes en Europa para la vida de las personas, véase Kertzer (1989, 1995: 375-78).

23. Se podía llegar a estipular, por ejemplo, si los padres podían sentarse al lado de la chimenea o no, si podían comer esta o aquella cosa, etc. En Austria y otras zonas del centro de Europa este tipo de contrato podía llamarse *Altenteil* (porción de anciano) o *Ausgedinge* (derecho de mantenimiento). Según Mitterauer y Sieder (1977: 163-167) se trataba de un tipo de arreglo muy extendido que existía ya en la Edad Media. Para un ejemplo de un contrato de este tipo entre padre e hijo en Austria véase Ehmer (1998).

24. La ubicación de otras sociedades, como la francesa o la alemana, dentro de uno o de otro tipo de familia ofrece numerosas dudas.

gar que llega junto con su matrimonio. No podía ser de otra manera y los individuos lo esperan de sus propias familias.

Ante la transición a la vejez, en un contexto familiar los individuos buscan prolongar al máximo posible su propia independencia física y, cuando ella ya no es posible, al menos siguen conservando una cierta independencia económica que les permite costear su entrada en una residencia de ancianos u otra solución similar. No se les ocurriría jamás plantearse la posibilidad de ir a vivir con sus hijos; ni a los hijos la de tener que recibir en sus casas a sus padres. Esta actitud es tan extendida en Norteamérica, por ejemplo, que los ancianos que sí viven con sus hijos son más que nada ancianos cuyos orígenes culturales se hallan en países de familia fuerte²⁵. En marcado contraste con esta dinámica, en zonas de familia fuerte la independencia a ultranza parecería un sinsentido, y normalmente sucede sólo en los casos donde, por alguna razón, falta la familia. No en balde siempre se ha afirmado en España que la única persona verdaderamente pobre es aquella que no tiene familia. Además, la solidaridad de la generación joven con la mayor no suele interrumpirse nunca; la sociedad lo espera como también lo esperan los individuos y sus familias. Los ancianos que no mantienen un contacto regular con sus hijos son una pequeña minoría de la población; al igual que los ancianos en sociedades de familia débil que reciben visitas regulares (semanales o diarios) de sus hijos. En ambas situaciones se da una reciprocidad intergeneracional, siempre entendida de manera muy diversa. Son dinámicas opuestas que en cada contexto se aplican con la máxima de normalidad y buena fé.

Se trata de sistemas de relaciones familiares en los que, o bien tiende a predominar el individuo sobre el conjunto familiar, o bien el individuo desarrolla su propia personalidad e incluso su libertad dentro del grupo familiar. En un sistema, el peso relativo del individuo respecto al colectivo es elevado, y en el otro dicho peso es menor. Los sistemas descritos no son, en modo alguno, los únicos posibles, aunque sí los más frecuentes en el entorno de Europa occidental. Si hubiéramos querido ampliar nuestra perspectiva en este punto, sin duda tendríamos que haber incluido el tipo de familia que se da, por ejemplo, en el este europeo o, mejor, en muchas partes de Asia, sobre todo en China, donde el peso del grupo familiar extenso es mucho mayor aún que en el sur de Europa. En esta escala, nuestra familia 'fuerte' del sur de Europa en realidad marcaría el medio camino entre el individualismo característico de las sociedades del norte del continente europeo y de Norteamérica y el corporativismo representado por las familias, linajes y clanes que caracterizan y han caracterizado desde hace siglos a buena parte de Asia.

ALGUNAS IMPLICACIONES DE LOS SISTEMAS FAMILIARES PARA LA SOCIEDAD

Los sistemas familiares no son ni buenos ni malos, pero tampoco son neutrales. Contribuyen poderosamente a caracterizar la naturaleza misma de las sociedades que les sustentan. Una sociedad donde prevalece la familia sobre el individuo será sustancialmente diferente a otra basada en la primacía del individuo. Es más, muchas de las diferencias que mar-

25. De hecho, en contextos históricos se ha comprobado la existencia de comportamientos diferenciales entre distintas comunidades culturales. En su estudio de la familia y los ancianos en el estado de Nueva York en los años 1920, por ejemplo, Weiler (1986: 91) encontró que: "The immigrants from eastern and southern Europe stressed the value of children as insurance in old age, whereas Americans and west Europeans valued individualism and independence between generations." Véase también Chudacoff y Hareven (1979). En cuanto a las formas generales de organización familiar, contrastes culturales también han aparecido en estudios como los de Carroll (1988) y Glasco (1977).

can y separan las sociedades europeas se derivan directa o indirectamente de la naturaleza de sus sistemas familiares. Esto mismo han pensado el Estado y la Iglesia desde hace siglos, y con este punto no estamos descubriendo nada nuevo. Puede ser instructivo, no obstante, detallar algunas de las diferencias vigentes en esta Europa de finales del milenio, ya que ello nos permitirá reencontrarnos de nuevo con la importancia de la familia, institución dada aparentemente por fenecida por muchos estudiosos de las sociedades actuales.

Sociedades de familias fuertes suelen tener mayor cohesión social. La baja incidencia de divorcios y de embarazos extramatrimoniales en ellas es buen ejemplo de ello. En realidad las sociedades de familia fuerte suelen ser más conservadoras -en lo estrictamente social, que no en lo político- que aquellas sociedades de familia débil. La mayor parte de los indicadores, sobre todo los relacionados directamente con la familia, así lo indican. Hay quien se ha esforzado en explicar estas diferencias a partir de las actitudes religiosas o por el avance desigual en el camino de la modernización, aunque resulta más fácil y plausible dar una explicación basada en la propia naturaleza de sus sistemas familiares. En el tema de las personas sin hogar, muestra perfecta de la falta de cohesión social en las sociedades contemporáneas, es instructivo notar como la incidencia de personas sin hogar ha sido muchísimo más elevada en Norteamérica, por ejemplo, que en Italia, España o Portugal, a pesar de su mayor grado de dinamismo económico y nivel de vida, y sus menores tasas de desempleo. ¿Qué ha ocurrido? Con toda probabilidad en el sur las familias han absorbido una parte de ese ejercito de desarraigados que en el norte han tenido que defenderse como pudiesen, bien a partir de la beneficencia pública o de las limosnas particulares.

El tema del desempleo es intrigante en este aspecto. Siempre llama la atención el hecho de que España, por ejemplo, tenga un nivel tan elevado de desempleo y sin embargo la gente parece vivir al menos modestamente bien y las calles no están repletas de gentes sin hogar como en otros países con un desempleo muy inferior. Otra vez los mecanismos de solidaridad propios de las sociedades de familias fuertes hacen que los efectos negativos del desempleo se absorban dentro del grupo familiar que, como siempre ha ocurrido, sirve de escudo para sus miembros ante los avatares del empleo y de los ciclos económicos. Ante tal nivel de desempleo en un país como Norteamérica, por ejemplo, el desarraigo hubiera sido mayúsculo, y hubiera traído consigo enormes consecuencias sociales y políticas.

La soledad constituye uno de los problemas sociales más importantes en zonas de familia débil. Se trata de la soledad de la persona que se enfrenta al mundo y a su vida sin prácticamente red de apoyo familiar, tan fundamental en sociedades de familia fuerte. Consecuencia en parte de ello es la incidencia del suicidio, muy superior en el norte del continente europeo y en Norteamérica que en los países del sur. Cualquier persona que haya residido en los Estados Unidos reconocerá la imagen de una persona joven, a menudo una mujer, de unos 30-40 años, que se suele encontrar en los supermercados por la tarde. Gente vestida a la última moda, profesional, que evidentemente tiene un trabajo y una carrera en marcha que le importan mucho, y ahí está, haciendo cola para pagar su compra de, por ejemplo, un melocotón, un poco de yogurt u otra comida dietética, y tal vez alguna cerveza o refresco. No es preciso preguntarle el destino de dicha comida que no puede ser otro que su propia cena que se tomará en casa delante del televisor sin compañía alguna. Se trata del solitario clásico de la sociedad americana. Es una imagen algo patética pero muy elocuente, y contrasta vivamente con la de España donde la gente casi siempre va en grupo a todas partes, práctica aprendida desde la infancia.

El gran peso de la soledad se vence en los países de familia débil mediante una fuerte

tradición de asociacionismo civil, donde las personas forman asociaciones para los propósitos más variados. Esa misma mujer en la cola del supermercado probablemente tendría que acudir después de cenar a una reunión de alguna asociación suya, bien sea una con propósitos sociales, políticos o simplemente recreativos. En Inglaterra o en Estados Unidos existe una amplia gama de estas asociaciones, cuyo número resultaría sencillamente inimaginable para ciudadanos del sur de Europa. En sociedades de familia débil el individuo combate la soledad acudiendo directamente a la sociedad civil, creada en buena parte como fruto de sus propias necesidades e iniciativas, frente a sociedades de familia fuerte donde la familia se interpone entre el individuo y la sociedad civil, cubriendo una buena parte de las necesidades derivadas de la soledad²⁶.

Sociedades, pues, de familia débil tienden a ser sociedades asociativas con un componente civil muy profundo, y las de familia fuerte suelen ser sociedades más pasivas, al menos en cuanto a la importancia de iniciativas individuales en el conjunto de las mismas. El sentido de la responsabilidad individual ante las normas y necesidades colectivas, tan esencial para nuestro concepto de sociedad civil en el mundo occidental, a menudo brilla por su ausencia en sociedades del sur de Europa aunque es parte consustancial en las del norte del continente. En resumidas cuentas, los países del norte de Europa y Norteamérica tienen una sociedad civil muy desarrollada, llena de iniciativas individuales, pero con un lado oscuro puesto de manifiesto en su falta de cohesión y en la desesperación y angustia tan extendidas en ellas. Son sociedades más duras, pero también más dinámicas. Sociedades del sur son más apacibles, más cómodas, más conformistas, más orientadas al grupo familiar y, como no podía ser de otra manera, también más aburridas en cuanto a su dinamismo intrínseco.

El progresivo envejecimiento de las sociedades actuales, con ancianos representando una parte cada vez mayor de la población y, tal vez más importante, viviendo una parte cada vez mayor de sus propias vidas como ancianos, constituye un reto importante -si no el principal- que tienen ante sí las sociedades desarrolladas. Ante este reto, la respuesta no puede ser ni será en modo alguno análogo en sociedades de familia fuerte y de familia débil. Sociedades de familias fuertes pueden y deben contar con la institución familiar a la hora de programar el apoyo a los ancianos. Este apoyo se materializará sobre todo durante la tercera edad, cuando la salud de los ancianos aún es buena, normalmente mediante la coresidencia o una importante proximidad residencial y frecuencia de contacto. Una vez llegado el declive en su salud, este aspecto del apoyo familiar irá reduciéndose, aunque seguirá siendo esencial tanto como fuente de acogida a los ancianos como de compañía para ellos. Este último aspecto, muy difícil de medir, constituye una parte importante del bienestar de los ancianos, y allá el papel de la familia ha de ser esencial.

En zonas de familia débil, el cuidado de los ancianos se basará mucho más en los ahorros individuales, en las residencias de ancianos y en el apoyo de las instituciones estatales. La dinámica más habitual será pasar desde una residencia autónoma directamente a una residencia de ancianos, saltando por regla general el paso intermedio de una coresidencia con algún hijo, tan frecuente en el sur de Europa. El socorro anímico de los ancianos corre y correrá a cargo tanto de instituciones benéficas y de voluntarios como de las familias mismas, aunque en un elevado número de casos las familias fallan en este punto. El tipo de cuidado

26. Cabría matizar que el asociacionismo civil no se desarrolla con la misma pujanza en sociedades en las que la intervención del Estado es relativamente indirecta y distante, caso de los Estados Unidos, o dónde es omnipresente, tal y como se da en los países nórdicos.

basado en las instituciones es mucho más costoso y exigente que el socorro basado en la familia. También es cierto, sin embargo, que el nivel de ahorro de los ancianos en zonas de familias débiles tenderá a ser mayor en términos relativos que en las de familia fuerte, con lo que ellos mismos estarán mejor situados para contribuir a los costes derivados de su propia vejez. Implícito en este mismo contexto está el hecho de que los abusos económicos de los ancianos, crimen en alza en el mundo entero, serán siempre más importantes donde mayores son los ahorros y donde menos influencia tiene la familia sobre los ahorros individuales.

Los poderes públicos harán bien en tener presente las características específicas de los sistemas familiares a la hora de diseñar sus políticas sociales de cara a los ancianos, ya que la eficacia, el éxito o el fracaso de las mismas dependerán de su adecuación a esta realidad. En todas partes, claro está, promover la salud de los ancianos y mantener los sistemas de pensiones tendrán una prioridad incuestionable, aunque las líneas de actuación tendrán que matizarse según el sistema familiar vigente. En zonas de familia fuerte, por ejemplo, políticas de protección a la vejez deberían incluir como aspecto relevante el apoyo a la familia en su labor de atender a las necesidades de las personas ancianas, mientras en las de familia débil facilitar los ahorros de los individuos y la actividad de los grupos benéficos así como promover la protección de los ancianos serán esenciales²⁷.

Es evidente que la naturaleza de los sistemas familiares y de las lealtades que los caracterizan no informan todas estas diferencias, aunque me parece que están en la raíz de buena parte de ellas. Es dentro de la familia donde primero y mejor se aprende cómo el individuo se relaciona con el grupo familiar y con la sociedad. Este aprendizaje es profundo y duradero, y a lo largo de nuestras vidas terminamos implementando las normas de comportamiento que aprendimos en el momento de nuestra infancia. Son normas cuya validez la vida se encarga a cada paso de confirmar.

Con todo ello, sería erróneo afirmar que las formas familiares son inmutables. A lo largo de la historia, la familia ha cambiado continuamente y lo sigue haciendo en la actualidad. Sin duda uno de los factores principales de desestabilización es el creado por el nuevo régimen demográfico. Este 'reto demográfico' tiene dos características destacadas. Por un lado, se ha producido una reducción importante en la mortalidad, sobre todo la de las personas maduras y ancianas, con la consecuencia de que hay cada vez más ancianos y, lo que es más importante, pasan cada vez más años de sus vidas como ancianos. Aunque no esté comprobado aún científicamente, cabe también la posibilidad de que los ancianos además pasarán cada vez mayor proporción de sus vidas en estados precarios de salud (mental o física) que les hace más vulnerables. Por otra parte, desde hace unos 20 años se ha reducido drásticamente la fecundidad en las sociedades occidentales, estando hoy en día en casi todas partes en niveles jamás conocidos históricamente, con el resultado directo de una caída importante en el número de nacimientos. Este régimen demográfico ha producido un rapidísimo envejecimiento, con ancianos ocupando una parte cada vez más importante de la población.

Más pertinente para el tema que aquí nos ocupa es que, en todas partes, las familias se encuentran ahora con cada vez menos hijos y cada vez más ancianos. El equilibrio demográfico del grupo familiar se ha roto y está en rápida transición. Aunque hay diferencias de detalle, en todos los países desarrollados la realidad demográfica es similar. Se trata de una realidad vital para la familia, cuyas consecuencias serán más importantes en aquellas zonas

27. La responsabilidad relativa del Estado frente a la de la familia en el apoyo a la vejez es materia frecuente de discusión. Véase para el contexto histórico, por ejemplo, Kertzer (1995: 377-378).

caracterizadas por sistemas de familias fuertes que en aquellas donde predomina la familia débil. Donde la familia es fuerte, el apoyo de padres a hijos y sobre todo de hijos a padres depende estrechamente de que haya suficientes hijos para cuidar a sus ancianos. Sin embargo, los cambios demográficos recientes han alterado todo eso y existe una posibilidad real de que dentro de no muchos años el grupo familiar tenga tanto ó más personas dependientes que activas en su seno²⁸. En sociedades de familia débil, este reto se tenderá a plasmar más en términos de la sociedad en su conjunto, y algo menos en la familia donde el tipo de solidaridad tan característica de otras zonas es mucho menos decisiva dentro de la sociedad. En consecuencia, los sistemas de familia fuerte aparecen como más vulnerables ante estos nuevos retos demográficos.

Nos podemos preguntar si en el futuro permanecerán vigentes estos hechos diferenciales en las sociedades europeas que hemos venido describiendo, o si se tenderá a producir una convergencia en las formas familiares. Louis Roussel (1992) proponía recientemente un modelo para la futura evolución de la familia en Europa occidental. A su juicio, en el continente se ha puesto en marcha un proceso de convergencia que producirá al final un tipo de familia similar en Alemania y en Francia, en Suecia y en España. Según Roussel, en los países más "avanzados" va a reducirse el ritmo de cambio, mientras que seguirá siendo rápido en el flanco meridional de Europa. El resultado final será la aparición de la primera familia verdaderamente "europea". La idea de Roussel resulta atractiva, sobre todo por resaltar lo que tiene en común la experiencia europea.

Con todo, no podemos sino discrepar de esta idea, principalmente porque sus fundamentos parecen ser esencialmente anti-históricos. En el mejor de los casos tiende a minimizar la profundidad de las diferencias culturales dentro de Europa. Una vez más, es como si la sociedad moderna se hubiera librado al fin de los efectos perniciosos de la historia, lanzándonos hacia la aventura del futuro sin el lastre de la carga del pasado. Es éste un tipo de discurso de neo-modernización en que el cambio económico y social arrasa todo vestigio de diferencias culturales e históricas. Las diferencias entre los sistemas familiares de Europa son muy antiguas y no será fácil que desaparezcan en el futuro cercano, y no sería prudente extenderles el certificado de defunción con excesiva premura.

Es indudable que en toda Europa hay ciertos indicadores externos de la familia y de las formas familiares que parecen estar convergiendo: la importancia de los hogares unipersonales va en aumento, disminuye el peso específico de la familia multi-generacional, ha descendido la fecundidad y la nupcialidad, y el número de hijos nacidos fuera del matrimonio es cada vez mayor, etc. Además, la autoridad paterna ha disminuido, las mejoras en la salud y en las prestaciones sociales han hecho que los ancianos tardan más en tener que recurrir a los apoyos tradicionales dentro de la familia, y los hijos y las mujeres han adquirido mayor autonomía con respecto al grupo familiar. Todos estos son signos indisputables de los tiempos que corren, y afectan a todos los países occidentales.

¿Pero significa ello que la familia europea esté en vías de uniformización, como parece sugerir Roussel? Posiblemente, no. A pesar del movimiento general en la misma dirección de la mayoría de estos indicadores, la distancia relativa entre unos países y otros ha permanecido estable e incluso ha aumentado en las últimas décadas. Quizá más importante sea tener presente que la familia es una institución mucho más compleja de lo que cabría suponer

28. Para una perspectiva de esta realidad a partir de estudios de microsimulación de las redes de parentesco en España, véase Reher (1996: 350-56).

cuando se emplean unos indicadores empíricos que reflejan ciertos tipos de conducta que la afectan. Las actitudes de las personas hacia la familia, la forma en que viven la vida familiar, y el tipo de influencia que ejerce la familia sobre las vidas de sus miembros son aspectos esenciales para entender su significado; y no hay indicio alguno de convergencia en este ámbito.

En nuestra opinión el resultado de los procesos de cambio en marcha será probablemente una cierta homologación en los indicadores extremos de la vida familiar; pero será una homologación incapaz de anular las profundas divergencias que siempre han caracterizado la familia en las distintas regiones y culturas europeas. Las fuerzas que conforman el mundo contemporáneo, en buena medida comunes a todas las sociedades, no son ni serán los únicos factores que configuren dichas sociedades ya que también pesarán las propias trayectorias históricas de cada una de ellas, distintas en cada caso. En inglés este concepto recibe el nombre de *path dependency*, algo así en castellano como 'dependencia de la trayectoria seguida'. Enfatiza una realidad muy elemental pero muy importante. Por muy universales que sean los factores de modernización, al entrar en contacto con distintas tradiciones históricas, culturales o geográficas, su resultado necesariamente será diferente en cada contexto. La confluencia de factores de cambio y de realidades estructurales, con unos resultados específicos según el caso, ha ocurrido repetidas veces en el pasado y no hay razón alguna para que el futuro inmediato nos depare una dinámica distinta. Parece pertinente invocar este concepto aquí ya que subraya el hecho de que las realidades del mundo actual no pueden nunca comprenderse adecuadamente si no se tiene en cuenta tanto las fuerzas contemporáneas como las tradiciones históricas.

La familia española seguirá siendo tradicional y fuerte, y la inglesa seguirá siendo tradicional y débil. Los españoles y los italianos seguirán cuidando a sus padres enfermos, igual que los abuelos se ocupan de los pequeños de sus hijos cuando éstos salen a trabajar; y los ingleses, los norteamericanos o los suecos seguirán manteniendo su compromiso con el individualismo y la autonomía residencial. Los españoles seguirán quedando en casa hasta conseguir su primer empleo estable y contraer matrimonio, y los adolescentes nórdicos seguirán anhelando la llegada de su 'liberación' de las ataduras de sus familias. Los cambios demográficos harán mella en el sur, obligando a una mayor participación del Estado y de los ahorros personales en el bienestar de los ancianos, pero sin sustituir en modo alguno el papel desempeñado por la familia. El futuro promete muchos cambios, pero los sistemas familiares débiles y los fuertes seguirán ocupando espacios vitales claramente diferenciados. Comprender la fuerza, flexibilidad y perdurabilidad de la familia contemporánea sigue siendo central a cualquier explicación viable de las sociedades actuales.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, Michael, *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971.
- ANDERSON, Michael, 'Household structure and the industrial revolution; mid-nineteenth-century Preston in comparative perspective', en Laslett, P. (ed.), *Household and Family in Past Time*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972, pp. 215-35.
- ANDERSON, Michael, 'The impact on the family relationships of the elderly of changes since Victorian times in governmental income-maintenance', en Shanas, E. and Sussman, M (eds.), *Family Bureaucracy and the Elderly*, Durham, N.C., Duke University Press, 1977.
- BARBAGLI, Marzio, *Sotto lo stesso tetto: Mutamenti della famiglia in Italia dal XV al XX secolo*, Bologna, Il Mulino, 1984.

- BLUMIN, Stuart M., 'Rip Van Winkle's grandchildren: Family and household in the Hudson Valley, 1800-1860', en Hareven, T. (ed.), *Family and Kin in Urban Communities, 1700-1930*, New York-London, New Viewpoints, 1977, pp. 100-121.
- CARROLL, Edward V., 'Share and share alike: Inheritance patterns in two Illinois farm communities', *Journal of Family History*, 13 (2), 1988, pp. 219-237.
- CHUDACOFF, Howard P. y HAREVEN Tamara K., 'From the empty nest to family dissolution: Life course transitions into old age', *Journal of Family History*, 4 (1), 1979, pp. 69-83.
- DA MOLIN, Giovanna, 'Family forms and domestic service in southern Italy from the seventeenth to the nineteenth centuries', *Journal of Family History*, 15 (4), 1990, pp. 503-527.
- DE JONG-GIERVELD, Jenny and VAN SOLINGE, Hanna, *Ageing and Its Consequences for the Socio-Medical System*, Council of Europe, Directorate of Social and Economic Affairs, Strasbourg (Population Studies no. 29).
- EHMER, Josef, 'House and the stem family in Austria', trabajo presentado en sesión C18 *The stem-family in Eurasian perspective, as domestic unit of production and reproduction, facing economic and social change* de la Twelfth International Economic History Congress, Sevilla, 1998.
- GLASCO, Laurence A., 'The life cycles and household structure of American ethnic groups: Irish, Germans and native-born whites in Buffalo, New York, 1855', en Hareven, T. (ed.), *Family and Kin in Urban Communities, 1700-1930*, New York-London, New Viewpoints, 1977, pp. 122-143.
- HERLIHY, David and KLAPISCH-ZUBER, Christiane, *Les Toscans et leurs familles: Une étude du catasto florentin de 1427*, Paris, 1978.
- HIONIDOU, Violetta, 'Nuptiality patterns and household structure on the Greek island of Mykonos, 1849-1959', *Journal of Family History*, 20 (1), 1995, pp. 67-102.
- KLAPISCH, Christiane, 'Household and family in Tuscany in 1427', en Laslett, P. (ed.), *Household and Family in Past Time*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972, pp. 267-82.
- KERTZER, David I., 'The joint family household revisited: Demographic constraints and household complexity in the European past', *Journal of Family History*, 14 (1), 1989, pp. 1-15.
- KERTZER, David I., 'Toward a historical demography of aging', en Kertzer, D. y Laslett, P. (eds.), *Aging in the Past. Demography, Society, and Old Age*, Berkeley, University of California Press, 1995, pp. 363-383.
- KUSSMAUL, Ann, *Servants in Husbandry in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.
- LASLETT, Peter, *Family Life and Illicit Love in Earlier Generations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.
- LASLETT, Peter, 'Characteristics of the western family considered over time', *Journal of Family History*, 2 (2), 1977, pp. 89-115.
- LASLETT, Peter, 'The significance of the past in the study of ageing', *Ageing and Society*, 4 (4), 1984, pp. 379-89.
- LASLETT, Peter, *A Fresh Map of Life. The emergence of the Third age*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1989.
- MCINTOSH, Majorie, 'Servants and the household unit in an Elizabethan English community', *Journal of Family History*, 9 (1), 1984.
- MIKELARENA PEÑA, Fernando, *Demografía y familia en la Navarra tradicional*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1995.

- MITTERAUER, Michael y SIEDER, Reinhard, *The European Family. Patriarchy to Partnership from the Middle Ages to the Present*, Chicago, University of Chicago Press, 1977.
- MODELL, John y HAREVEN, Tamara K., 'Urbanization and the malleable household: An examination of boarding and lodging in American families', en Hareven, T. (ed.), *Family and Kin in Urban Communities, 1700-1930*, New York-London, New Viewpoints, 1977, pp. 164-186.
- OSSWALD, Helena, 'Dowry, norms and household formation. A case study from North Portugal', *Journal of Family History*, 15 (2), 1990, 201-224.
- PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar y PAREJA ALONSO, Arantza, 'Ageing alone or in a family: the case of Bilbao, 1825-1935', *Continuity and Change* 12 (1) 1997, pp. 79-102.
- POOLEY, Colin G. y TURNBULL, Jean, 'Leaving home: the experience of migration from the parental household in Britain since c. 1770', *Journal of Family History*, 22 (4), 1997, pp. 390-424.
- REHER, David, *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*, Madrid, Siglo XXI-Centro de Investigaciones Sociológicas, 1988.
- REHER, David, *Town and Country in Preindustrial Spain. Cuenca, 1550-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- REHER, David, *La familia en España. Pasado y presente*, Madrid, Alianza, 1996.
- REHER, David, 'Mercado de trabajo y empleo en España durante el siglo actual: perspectivas nuevas sobre un tema tradicional', trabajo presentado en el seminario *Raíces históricas de los problemas de la Economía actual* organizado por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1999.
- REHER, D. S., POMBO, M. N. y NOGUERAS, B., *España a la luz del Censo de 1887*, Madrid, Instituto Nacional de Estadística, 1993.
- ROUSSEL, Louis, 1992, 'La famille en Europe occidentale: Divergences et convergences', *Population*, 47, 1, pp. 133-152.
- SCHELLEKENS, Jona, 'Determinants of marriage patterns among agricultural laborers in two eighteenth century Dutch villages', *Journal of Family History*, 16 (2), 1991, pp. 139-55.
- SMITH, James, 'Widowhood and ageing in traditional English society', *Ageing and Society*, 4 (4), 1984, pp. 429-49.
- SMITH, Richard M., "The people of Tuscany and their families in the fifteenth century: Medieval or Mediterranean", *Journal of Family History*, 6 (1), 1981, pp. 107-28.
- SMITH, Richard M., 'The structural dependence of the elderly as a recent development: Some skeptical historical thoughts', *Ageing and Society*, 4 (4), 1984, pp. 409-28.
- THOMSON, David, 'The decline of social welfare: Falling State support for the elderly since early Victorian times', *Ageing and Society*, 4 (4), 1984, pp. 451-482.
- TODD, Emmanuel, *L'invention de l'Europe*, Paris, Seuil, 1990.
- VAN DER WOUDE, Ad M., 'Variations in the size and structure of the household in the United Provinces of the Netherlands in the seventeenth and eighteenth centuries', en Laslett, P. (ed.), *Household and Family in Past Time*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972, pp. 299-318.
- VAN NIMWEGAN, Nico y MOORS, Hein, 'Population ageing and policy options. Attitudes in EU countries', trabajo presentado en el XXIII Congreso Internacional de Población de la *Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (IUSSP)*, Beijing, octubre de 1997.
- WALL, Richard, 'The age at leaving home', *Journal of Family History*, 3 (2), 1978, pp. 181-202.
- WALL, Richard, 'Residential isolation of the elderly: A comparison over time', *Ageing and Society*, 4 (4), 1984, pp. 483-503.

- WALL, Richard, 'Leaving home and the process of household formation in pre-industrial England', *Continuity and Change*, 2 (1), 1987, pp. 77-102.
- WALL, Richard, 'Elderly persons and members of their households in England and Wales from preindustrial times to the present', en Kertzer, D. and Laslett, P. (eds.), *Aging in the Past. Demography, Society and Old Age*, Berkeley, University of California Press, 1995, pp. 81-106.
- WEILER, N. Sue, 'Family security or social security? The family and the elderly in New York State during the 1920s', *Journal of Family History*, 11 (1), 1986, pp. 77-95.